UNA SOMBRA DEL COMBATE.

A MI QUERIDO AMIGO
OCTAVIANO MUZQUIZ.

Sangre, sangre, herid, matad!
Todo, todo es permitido:
No exista para el vencido
Respeto á sexo ni edad!
Los gritos de su conciencia
Sofoque el feroz soldado,
Y con brazo ensangrentado
Atropelle la inocencia!...

SAKENSPEARE. *Traduccion de* D. P. de X.

I

TODAVÍA las trágicas escenas
Mirando estoy, y el corazon palpita
Con la impresion de fuego que dejaron
Aquellas horas de tormento llenas,
Aquella sangre que venganza grita,
Y el duro choque del combate ciego
En que tantos cadáveres sin nombre
Alcanzaron mis ojos aterrados,

A la luz de una ráfaga de fuego
En medio á los escombros abrasados!

Ay! poco antes que la guerra
Lanzase en rápido vuelo
Todas las furias que encierra,
¡Cuan bella estaba la tierra
Y cuan apacible el cielo!

Las frescas auras de abril
En torno de la ciudad
Agitaban un pensil
De flores, con suavidad
Como en un sueño infantil.

En silencio delicioso
Los campos se adormecian;
Y en el ramaje frondoso
Los dulces ecos se oian
De algun pájaro armonioso!

Era una paz tan serena
Que penetraba hasta el alma;
Dulce sueño que enagena
Despues de profunda pena
En inesplicable calma.

¿Cómo no dar al olvido
Por un momento el afan,
Si el espíritu abstraido
Volaba al bello volcan
Entre las nubes perdido?

Aquel magnífico manto
De nieve en la inmensa altura

Prendido, tenia un encanto
Que hacia nublarse un tanto
Los ojos con su hermosura!
Era preciso soñar
En tan delicioso Eden;
Era fuerza imaginar
Que solo el genio del bien
Pudo tal belleza crear!. . . .

De súbito, bronco, terrible estallido,
Arroja en los aires bramando el cañon;
El cielo se atruena con sordo zumbido,
La mente se turba. . . . se heló el corazon!

Cruzando las bombas las auras hermosas
El seno parecen buscar de la tierra,
Y brotan de nuevo, rugiendo furiosas,
Cual mónstruos rabiosos que aborta la guerra. . . .

Los techos se hunden! vacila el cimiento. . . .
Ya es ruina el palacio, mansion del placer! . . .
Y alzando entre escombros el rostro sangriento,
Quebrados los miembros, se ve una mujer. . . .

Oh! no hay tormento mayor
Que el de ver á un inocente
Presa de intenso dolor,
Pedir con eco doliente
Misericordia al Señor!

Y alzar los débiles brazos
Para cubrirse la herida,
Por donde se huye la vida

Haciendo con su partida
Otro corazon pedazos.

Y el acento maternal
Que dominando el combate
Llega al trono celestial,
Y el pecho mas firme abate
Con su dolor sin igual!

Destrozad en buena hora,
Aniquilad la ciudad!
Una voz acusadora
Sube á la eterna bondad
Por cada mujer que llora!
Saciad vuestra rabia fiera
En víctimas inocentes;
Mas al tocar la trinchera,
Con tranquilidad guerrera
Os aguardan mil valientes! . . .

II

Horrible confusion! unas tras otras
Cruzan las bombas el azul del cielo,
Cual aves de rapiña que una presa
Buscando van con su mirar de fuego.
Aquí destrozan un albergue humilde,
Allí el palacio y el suntuoso templo,
Aras y altares reduciendo á polvo,
Lanzando las efigies en fragmentos;
Y al través de profundas oquedades
Turbando el triste sueño de los muertos!
En vano suenan férvidas plegarias

Con que invoca el temor al Ser Supremo;
La destruccion horrible por do quiera
Vuela cumpliendo su fatal decreto,
Sin atender á las cobardes lágrimas,
Sin escuchar el doloroso ruego.
Por una parte una columna negra
De polvo, se levanta desde el suelo. . . .
Por otra las paredes se coronan
Con la azarosa lumbre del incendio. . . .
Aquí parece la ciudad callada
Lúgubre solitario cementerio;
Allá la plebe ansiosa se reune
Sombría como el mar que agita el viento;
Y al caer los veloces proyectiles,
Arranca maldiciones de su pecho,
Mirando que sus hijos y mujeres
Heridos se revuelcan por el suelo! . . .
Mas ¿qué nuevo ruido en el espacio
Se agita con furor, y el ronco trueno
De las bombas sofoca? . . . es que indignado
El antiguo volcan lanza del seno
La lava amontonada por los siglos,
Por sepultar al bárbaro estranjero? . . .
El enemigo asalta las murallas
De cien cañones al terrible fuego. . . .
Ébrios soldados de furor y vino,
Descompuesto el semblante, los cabellos
Erizados, saltándoles los ojos
Cual demonios lanzados del infierno! . . .
Llegó la hora terrible. . . . se desploma
En la ciudad un huracan de hierro,

Y un terror mas profundo que los otros
Invade el corazon, crispa los miembros
De la gente infeliz, que desolada,
Cerrando sus albergues en silencio,
Desaparece al fin ante el combate
Como tropa de pálidos espectros,
Quedando solamente los valientes
Frente á la tempestad, del campo dueños,
Cruzando sus miradas con la lumbre
De las bombas que estallan en el cielo,
Respondiendo á los gritos de la muerte
Con gritos de furor, y apareciendo
Cual verdaderos dioses de la guerra,
Entre nubes de pólvora y de fuego!

III

Huyendo el triste rostro de la muerte,
Subimos á la altura, y presentóse
Una escena sublime á nuestros ojos. . . .

El sol, velando su ardorosa lumbre,
Entre celajes cándidos, posaba
Del inmenso volcan sobre la cumbre,
Y desde el trono de la eterna nieve,
Con moribundo rayo iluminaba
El estendido campo do la lucha,
Del heroismo y la opresion impía,
Con terrible furor se enardecia. . . .
Una muralla como mármol densa
De polvo y humo, en su estension inmensa
De Sur á Norte la ciudad ceñia,
Velando del combate los horrores,

Hecha á cada momento mil pedazos
Por fugaces y ardientes resplandores. . . .
El incesante trueno de las bocas
De fuego, en vano en describir se empeña
La pluma, y era solo comparable
Al áspero fragor con que en las rocas
El Niágara sublime se despeña. . . .

Al oirlo exaltábase la mente
Con la revelacion del infinito,
Latia el corazon apresurado,
En el delirio de una fiebre ardiente
Se agitaba el cerebro conturbado;
Y los ojos fijábanse tenaces
En las nubes, aliento de la lucha,
Do millares de estrellas esparcidas
Brotaban centellando y se apagaban
Y lucian sin fin, mientras veloces
Ardientes plomos por do quier volaban!
De minuto en minuto estremecidos
Vomitaban su lumbre los cañones
De la plaza, las piedras conmoviendo
De fuertes edificios y bastiones,
Y al instante surcando la llanura
Los enemigos bronces estallaban,
Y en direccion opuesta en el espacio
Sus alientos de llama se chocaban!
Mas la niebla estrechando la distancia
Formó á la vista perspectiva rara,
Cual si la escena móvil del combate
Hasta la falda del volcan llegára,
Y al fuego mexicano parecia

Que encendiendo mil cráteres perdidos
El gigante de Anáhuac respondia! . . .

IV

Cuando tendió la noche sobre el campo
Su manto sepulcral, cesó el rugido
Del cañon, sucediendo helada calma
Turbada solo por algun gemido
Que traspasaba de dolor el alma. . . .
Y á los rayos inciertos
De amarillenta moribunda luna,
Los escombros quemados y los muertos
(Informes bultos que jamás se olvidan)
Aparecian tristes, silenciosos,
Cual sangrientas imágenes de duelo
De la insensata rabia de los hombres
Con mudas voces apelando al cielo! . . .

CERCA DEL MAR.

Nunca ¡oh mar! en tu nítido espejo
Se ha pintado mi pálida frente,
Ni fué dado á mi espíritu ardiente
En tus ondas su llama templar!
No ha querido mi estrella enemiga
Que saliendo de estúpida calma,
Las tormentas horribles del alma
Comparase á las tuyas ¡oh mar!

Destinado á libar desde niño
Triste cáliz de amargos dolores,
Sobre campos cubiertos de flores,
Bajo un cielo de hermoso zafir. . . ,
Cuanto ansié de tus olas hirvientes
Escuchar el terrífico trueno,
Y cual tabla perdida en tu seno,
Tu agitada existencia seguir!

El veloz huracan que la espuma
De tus húmedas playas orea,
Arrancára tal vez una idea
Que ha grabado en mi mente el dolor!
Quizá viendo tus golfos revueltos
Hasta el lecho en que duerme la arena,
Se calmára un momento mi pena
Penetrado de sacro terror!

Los combates del alma sensible,
De que solo el Creador es testigo,
Simpatizan sin duda contigo,
Tempestuoso, magnífico mar!
Y por eso de Heredia sublime
Te saluda la voz soberana,
Y á la noble poetisa cubana
Inspiraste divino cantar!

Vaga el genio en tus playas desiertas,
Y su eterno dolor enmudece;
Que en tu espejo movible aparece
Una imágen visible de Dios.
Y al mirar que tu furia terrible,
Amenaza del cielo, refrena
Débil muro de pálida arena,
Del orgullo se apaga la voz!

Yo no sé si fantástica forma
Te ha prestado mi mente ardorosa;
Pero solo tu sombra grandiosa
Palpitar hace ya el corazon!

Y me anima un ardiente deseo
De poder comparar un momento,
Si el abismo que creó el pensamiento
A tu abismo profundo igualó!

En mis horas de loco delirio,
En momentos de amarga tristeza,
Tu ideal, infinita belleza,
Como luz de consuelo entreví.
Ya por fin á tu costa me acerco,
Oigo ya tu sonoro rugido;
En tus ondas amargas mecido,
Grato asilo serás para mí!

Yo bien sé que en tus lindes remotos
Tienes playas estériles, frias,
Donde yertos fantasmas los dias
Tras un velo se miran pasar. . . .
Donde apaga la antorcha del cielo
En la nieve su luz refulgente,
Y quisiera en su orilla doliente
De mi patria los males llorar!

Dominando tu líquida espalda
Se levantan escollos sombríos
Que no logran tiranos impíos
Profanar con su loca ambicion.
Allí en medio de antiguas señales
De otra edad que olvidaron los hombres,
Grabar quiero de nuevo los nombres
Que detesta la vil opresion!

Y esperar, arrullando en tu seno
Agitado mis tristes pesares,
Que otra brisa me lleve á otros mares
Do podré tu grandeza olvidar.
Si la patria en que Hidalgo reposa
Por destino fatal se derrumba,
Tumba libre, magnífica tumba
A tu amigo no puedes negar!